

ce, hija de las memorias caras, y que nunca parece respirarse mejor, que cuando, lejos del tumulto de las ciudades, gustamos de conversar con los ilustres muertos, ó en el silencio religioso de un cementerio ó entre la misteriosa y augusta calma de las ruinas. No, dice el Orador: *nuestra imaginacion nos engaña todavía: nuestra carne cambia muy pronto de naturaleza: nuestro cuerpo toma otro nombre. aun el de cadáver puesto que nos muestra aun una forma humana, no le dura largo tiempo: viene á ser un no sé que, el cual no tiene nombre en ninguna lengua: ¡tan cierto así es que todo muere en el hombre, hasta estos términos fúnebres con que se designan sus miserables restos!*

¿Que dirémos, despues de esto? ¿Quien es capaz de resistir á este poder soberano? Que corazon, por muy abierto á los placeres, es capaz de sobrevivir á esta pintura tan viva y espantosa de nuestra nada? Registrense todos los fastos de la elocuencia, léanse los escritos que mas han arrasado la universal admiracion: ¿cuando se ha mostrado la voz del hombre mas soberana? ¿Cuándo la nada mas visible? ¿Cuándo el hombre mas pequeño? Este es el golpe mas tremendo que la palabra evangélica ha podido lanzar sobre la grandeza y la gloria.

SEGUNDA PARTE.

DESPUES de un movimiento tan terrible, en que la nada del hombre se ha pintado y confundido con todo el poder de lo sublime, seria muy peligroso un tránsito violento á la pintura de su dignidad y á las nobles prerogativas de su grandeza. Si alguna vez se siente con mayor estrechez la importancia de una buena preparacion, y si hay una prueba muy difícil para el talento oratorio, será aqui, donde vamos á pasar del uno al otro en-

*

tre dos extremos opuestos. Si el Orador se difunde, la energia desaparece y notablemente se interrumpe la unidad que debe resplandecer en la composicion y en el estilo; mas al contrario, si se precipita, casi vemos cortarse el hilo de las ideas, aislarse del todo los sentimientos y desaparecer ese contraste moral eminentemente teológico, el cual consagra, digamoslo así, exclusivamente á su fin, toda la conducta del hombre en las diferentes situaciones de su vida. Si vemos huir entre el humo de la vanidad todas las acciones del hombre aun en el orden profano, para ocuparnos despues olvidándolas todas, en lo puramente espiritual y místico, nos veriamos precisados á proscribir como inútiles y vanas las vehementes y generosas tendencias que arrastran á los hombres á proteger los progresos de las ciencias, á distinguirse en el gobierno de los Estados y á sacrificarse en el campo de la gloria. ¿Y que resultaria de aqui? Que un zelo imprudente justificaria las calumnias de aquellos genios impios que han pretendido despojar á la religion cristiana de uno de sus mas notables caracteres, el de ser eminentemente social.

Pero si el tránsito se verifica, sin perder de vista el primer objeto, el orador nos conduce insensiblemente á cierto punto en que admiramos con sorpresa la reunion y armonia de dos cosas que nos parecian incompatibles. Vemos que tan admirables empresas, tan vastos pensamientos, tan heroicas y sublimes hazañas, fueron vanas en tanto que se consagraron al mundo; pero que adquieren solidez y se conservan con estabilidad en el rango de su grandeza, cuando sostenidas por la religion y animadas por la caridad, van á perderse en el seno de aquel que nos ha mandado amar en su nombre á la inmensa familia de todo el género humano.

A fin de obtener un resultado tan feliz, el Orador prepara el efecto de la segunda parte con la destreza de una perfecta transicion. Gradua de tal

modo sus ideas y sus sentimientos, que nada nos parece tan natural como la nueva perspectiva que se descubre muy pronto á nuestros ojos. Hemos visto perecer con el hombre hasta la palabra que designa sus miserables restos. Aquí introduce el Orador, ó mas bien, descubre al poder divino como el agente de la igualdad eterna á que han sido condenadas todas las condiciones del universo. Mira entonces como ruinas la indefinida destruccion que acaba de pintar; y como está satisfecho de que ni aun este nombre merece á los ojos de su auditorio un aniquilamiento tan absoluto en que se ha visto desaparecer hasta la palabra, pregunta luego con énfasis: *¿puede fabricarse sobre estas ruinas? ¿Puede apoyarse algun gran designio sobre este inevitable resto de las cosas humanas?*

En una situacion tan angustiada, Bossuet adivina el pensamiento de su auditorio: „¿mas que! „Señores, exclama, ¿todo es pues desesperado para nosotros? Dios, que lanza rayos á todas „nuestras gandezas hasta reducir las á polvo, ¿no „nos deja ninguna esperanza? Aquel, á cuyos „ojos nada se pierde, y que sigue todas las „tículas de nuestro cuerpo por cualquiera apartado „sitio del mundo adonde la corrupcion ó la casualidad las arroje, ¿verá perecer sin recurso lo que „ha hecho capaz de conocerle y de amarle?” Aunque poseidos íntimamente de todas las instrucciones que se nos han dado acerca de la vanidad y la nada del hombre; comprendemos, al llegar aquí, que ella no es tan absoluta; empezamos á columbrar una grandeza sólida y una superioridad positiva; sorprendemos el secreto del Orador y ansiamos impetuosamente por que nos franquee del todo una perspectiva que solo nos habia permitido vislumbrar. No se detiene pues; antes alentado por la expectativa de sus oyentes, descorre el velo, muestra con claridad el cuadro, y reserva su voz tan solo para instruirnos sobre los grandes objetos, cuyo inmenso conjunto hiere de golpe nues-

tros ojos. „Aquí un nuevo órden de cosas se me „presenta, las sombras de la muerte se disipan: „ábreseme los caminos de la verdadera vida. (*) „MADAMA no está en el sepulcro; la muerte que „parecia destruirlo todo, todo lo ha establecido: „he aquí el secreto del Eclesiastes que os habia „insinuado ya en el principio de este discurso, y „el cual ahora es necesario descubriros en el „fondo.”

El hombre no se engaña, si fijo en la inteligencia que lo anima, encuentra en ella el principio de su elevacion y reconoce que si el cuerpo ha de tornar al polvo, el espíritu ha de volver á Dios en quien tiene su noble ascendencia. A decir la verdad, no se sostiene que la grandeza y la gloria son vanas, sino considerando el abuso que de ellas se hace: porque la existencia misma de estas palabras, cuyas ideas no pudieran encontrarse jamas en la nada, nos indica que el fondo está en nosotros mismos. Mientras ellas son puros nombres para los mundanos, para nosotros tienen el carácter de cosas; bien así como la pobreza, la ignominia y la muerte, que son cosas para ellos, son vanos nombres para nosotros, como se explica San Juan Crisóstomo. „Todo es vanidad bajo el sol”: así expone su pensamiento el Eclesiastes. *Salid empero del tiempo y de la mudanza, aspirad á la eternidad: la vanidad entonces no os tendrá ya sujetos.* Dejemos pues que el sabio rey prefiera la mediocridad simple del aldeano á las privaciones y tormentos de los avaros, á los sueños inquietos de los ambiciosos; dejémosle hacer morir hasta los pensamientos de una sabiduria insensata, menospreciar todos los estados de la vida, igualar al loco con el sabio y confundir al hombre con la bestia.

Mientras no hayamos encontrado la verdadera

(*) *Notas mihi fecisti vias vitæ.* PS. XV.
v. X.

sabiduría, y descubierto aquel principio que nos une con Dios, no veremos en la vida sino locas inquietudes, ni en la muerte otra cosa que un vapor que se exhala, espíritus que se agotan, resortes que se desmontan y desconciertan. Si el Eclesiastes desprecia tanto la grandeza, no desprecia al hombre, sino que le desconoce; puesto que el temor de Dios es todo el hombre: si el salmista dice que en la muerte perecerán todos nuestros pensamientos, es porque considera los que se dan al mundo, porque sin padecer nada la inmortalidad de su principio, se hacen perecederos en razón de su objeto. ¿Queréis salvar alguna cosa de este universal é inevitable destroso? consagrad á Dios vuestras afecciones; y entonces á ejemplo de nuestra heroína cristiana, ya podréis atreveros á desafiar la muerte. Pero á fin de sacar de un ejemplo tan hermoso toda la instruccion posible, consideremos la conducta de Dios para con ella, y adoremos en esta princesa el misterio de la predestinacion y de la gracia.

Toda la vida cristiana es una serie de misericordia; pero san Agustin enseña que en la primera y en la última gracia, se muestra esta más particularmente, es decir, en la vocacion que nos previene y en la perseverancia final que nos corona; y como la primera nos inspira la fé y la segunda nos trasmite á la gloria, ha querido la bondad divina hacerse notable por una impresion ilustre y particular al principio de estos dos estados, á fin de que confesemos que toda la vida del cristiano es un milagro continuo de la gracia.

He aqui un extracto muy breve de la preparacion teológica con que el orador se dispone á continuar el elogio de Henriqueta, trazando la historia de su gloriosa muerte. Si en estas páginas vemos descender un tanto el impetuoso vuelo de esta águila sublime, reflexionemos que ella no hace más que imitar á la naturaleza, cuya irregularidad en algunas de sus partes pequeñas, pa-

rece nacida como de propósito para hacer más imponente y admirable su conjunto. Si sentimos un poco la prolijidad por el lugar que ocupa todo el pasage, celebramos á la vez la concision con que se han comprendido y la claridad suma con que se han expresado las ideas más elevadas de la teología especulativa y los documentos más importantes de la moral evangélica. ¿Pero como sería posible, sin el concurso de los valles, distinguir y graduar la elevacion de esos picos sorberbios que parecen hender el firmamento? Ved sinó, hasta donde se eleva, partiendo de este punto, la elocuencia del panegirista. „Estos dos momentos principales de la gracia, ¿cuan bien señalados han sido con las maravillas que Dios ha obrado por la salvacion de Henriqueta de Inglaterra! „Para darla á la Iglesia fué necesario volcar todo un gran reyno: por que la grandeza de la casa de donde hubo salido, no era para ella sino un compromiso más estrecho en el cisma de sus mayores; digamos mejor, de los últimos antepasados suyos, pues cuanto precede á estos, remontrándonos hasta los tiempos primitivos, es tan piadoso y católico. Pero si las leyes del Estado se oponen á su salud eterna, Dios hará estremecer todo el Estado para salvarla de estas leyes. A este precio pone las almas: remueve el cielo y la tierra para criar á sus elegidos; y como nada es tan caro para él, como estos hijos de su dileccion eterna, como estos miembros de su hijo muy amado, ningun medio le parece costoso, á trueque de salvarlos. Nuestra princesa es perseguida antes de nacer, abandonada tan luego como sale al mundo, arrancada en el instante de ver la primera luz, á la piedad de una madre católica; cautiva desde la cuna por los enemigos implacables de su casa; y lo que era más deplorable, cautiva de los enemigos de la Iglesia y destinada primeramente por su glorioso nacimiento y después por su desgraciada cautividad, al error y á la

„heresia. Pero el sello de Dios estaba sobre ella:
 „podia decir con el Profeta: *Mi Padre y mi Ma-*
 „*dre me han abandonado; pero el Señor me ha reci-*
 „*bido en su proteccion:* desamparada de toda la
 „tierra desde mi nacimiento, *parece que fué arroja-*
 „*da en los brazos de su providencia paternal; y des-*
 „*de el vientre de mi madre, se declaró mi Dios.*
 „No se engañó en su confianza la reyna, encargan-
 „do tan precioso depósito á una guarda tan fiel:
 „por que dos años despues, un golpe imprevisto y
 „al parecer milagroso libró á la princesa de las
 „manos de los rebeldes; y á pesar de las tem-
 „pestades del Oceano y las agitaciones aun mas
 „violentas de la tierra; Dios, poniéndola sobre sus
 „alas, como la águila toma á sus pequeños, la
 „condujo elmismo á este reyno, la puso elmismo
 „en el seno de la reyna su madre, ó para mejor
 „decir, en el seno de la Iglesia católica. Aquí
 „aprendió las máximas de la piedad verdadera, me-
 „nos por las instrucciones recibidas, que por los
 „ejemplos vivos de esta grande y religiosa reyna.
 „Imitó sus piadosas liberalidades. Sus limosnas
 „siempre abundantes, se derramaron principalmente
 „por los católicos de Inglaterra, de quienes fué la mas
 „fiel protectora. Digna hija de San Eduardo y de
 „San Luis, se unió desde el fondo de su corazon
 „á la fé de estos dos grandes reyes. ¿Quien es
 „capaz de expresar bastantemente el zelo que la
 „consumia por el restablecimiento de esta fé en
 „el reyno de Inglaterra, donde se conservan toda-
 „via tantos monumentos preciosos de estos deseos?
 „Todos sabemos que no temió exponer su vida
 „por tan piadoso designio: ¿y el cielo nos la ha
 „arrebataado! ¡O Dios! ¿Que prepara aqui vues-
 „tra eterna providencia? ¿Me permitiréis, Señor, diri-
 „gir temblando una mirada hácia vuestros santos
 „y formidables consejos? ¿Será por ventura que los
 „tiempos de confusion todavia no estan cumplidos?
 „¿Será que el crimen, que hizo á vuestras ver-
 „dades santas ceder á pasiones infelices, está aun

„delante de vuestros ojos, y que no lo habeis cas-
 „tigado bastante con un siglo de ceguedad? ¿Nos
 „arrebatais á Henriqueta por un efecto del mismo
 „juicio que abrevió la vida de la reyna Maria y
 „su reynado tan favorable á la Iglesia? ¿O acaso
 „quereis triunfar solo? ¿Quitándonos los medios de
 „que se bisongeaban nuestros deseos, reservais para
 „los tiempos señalados por vuestra predestinacion
 „eterna, secretos retornos al Estado y á la Casa
 „de Inglaterra? Aunque asi sea, ¡o gran Dios! re-
 „cibid hoy las dichasas principias en la persona de
 „esta princesa. ¡Ojala y toda su casa y todo el
 „reyno siga el ejemplo de su fé! Ese gran rey
 „que llena con tantas virtudes el trono de sus ma-
 „yores y hace alabar todos los dias la divina ma-
 „no que le ha restablecido en él, como por milagro,
 „no culpará nuestro zelo, si delante de Dios arhe-
 „lamos por que él y todos sus pueblos lleguen á
 „ser como nosotros. *Opto apud Deum..... non*
 „*tantum te, sed etiam omnes..... fieri tales, quilibet*
 „*et ego sum. (*)* Este deseo ha sido formado pa-
 „ra los reyes; y San Pablo, hallándose en las ca-
 „denas, lo concibió la primera vez en favor del
 „rey Agripa: pero San Pablo exceptuaba sus ca-
 „denas, *exceptis vinculis his;* y nosotros, deseamos
 „principalmente que la Inglaterra, demasiado libre
 „en su creencia y muy licenciosa en sus opinio-
 „nes, sea encadenada como nosotros con estos fe-
 „licísimos lazos que impiden al orgullo humano ex-
 „traviarse en sus pensamientos, cautivándolo bajo
 „la autoridad del Espiritu Santo y de la Igle-
 „sia ”

¿Como exaltar debidamente esta concision
 oratoria que asi comprende en tan pocas lineas
 tan sublimes y fecundos conceptos? No son mas
 que dos páginas, pero en ellas vemos brillar en
 alto grado al panegirista eminente cuando enarra,
 al poeta cuando substituye la viveza del colorido

(*) Act. Apost. C. 24. v. 29

á la serie de una abstracción continuada; al político cuando mira la mano de Dios en la suerte de las naciones; y mientras nos abandonamos á los movimientos de ternura que nos infunden las virtudes amables de Henriqueta, sorprendemos en este pasage al talento soberano que conquistó para la Iglesia católica el alma extraordinaria de Turana. ¡Cuan augusto no se muestra aqui el poder del Altísimo, cuando trastorna un reyno todo á fin de proteger á MADAMA contra los ataques y persecuciones de los enemigos de su casa y de la Iglesia! Para elevar así el estilo, á tiempo que se habla del influjo de la gracia divina; para dar tanto cuerpo á las ideas mas abstractas; para ver moverse á toda una nacion, á fin de que este movimiento sirva á las miras de Dios sobre una princesa recién nacida; es menester el concurso de una imaginación vehemente, de una alma de fuego, de un genio incomparable. Se diría que la misma gracia, que gusta comunicarse particularmente á las almas retiradas del mundo, se afectó en esta vez de la grandeza, para mostrarse altamente á los ojos del universo, á fin de que admirase la verdadera gloria en una princesa tan ilustre por su famosa dinastía.

¡Que no habria hecho un orador mediano para pintar la revolucion espantosa que multiplicaba los riesgos y aproximaba tanto los peligros en que podia perecer para la eternidad esta criatura predilecta de la gracia? Habria llenado algunas páginas de prolifas narraciones ó de hipérboles dislocadas y chocantes. Pero Bossuet nos dice, que *á pesar de las tempestades del Océano y las agitaciones mas violentas aun de la tierra, Dios la toma sobre sus alas, como la águila toma á sus pequeños hijos*. No puede adelantarse mas la energía cuando se trata de una revolucion, ni referirse de un modo mas poético y oratorio á la vez el acto en que Dios conduce por entre los peligros á esta princesa. Despues de este rasgo, empezamos á

escuchar sus progresos en la piedad, y cuando cierto decaimiento que se nota en el estilo empieza á resfriar un poco nuestro entusiasmo, volvemos á elevarnos con la narración oratoria al ver en MADAMA á la digna hija de San Eduardo y de San Luis, acometiendo ella por sí al sublime designio de restablecer la fé en la nacion de sus padres. En este punto Bossuet siente despertarse una idea que lo animaba de continuo; lamenta la muerte súbita de un instrumento lleno de esperanzas para los que suspiraban por el regreso del catolicismo; pero este mismo sentimiento le hace entrever un arcano de justicia, y en las fluctuaciones de una duda sublime, se atreve á preguntar á Dios el secreto motivo de unas pérdidas tan sensibles para los católicos. ¡Cuan patética es la resignación con que concluye este pasage, cuan tierna la plegaria para que acepte Dios estas primicias! ¡Cuan feliz la aplicación del texto de San Pablo, y cuan respetuosa y digna la optación que viene á terminar esta serie de pensamientos elevados!

Habiendo hecho visible el primer efecto de la gracia en esta princesa, pasa luego Bossuet á contemplar el último, el de la perseverancia final. Esta gracia cambia la naturaleza de la muerte, pues la vemos entonces como la mensajera de una dicha que no ha de perecer. Mientras vivimos, estamos sujetos á las mudanzas; pero esta sujeción acaba, cuando dejan para nosotros de contarse las horas; y así como Jesucristo confirmó para siempre su testamento con su muerte, así también una muerte fiel hace irrevocable nuestra consagración á Dios. Despues de estas ideas con que se introduce, pinta el Orador con viveza inexplicable el último combate de Henriqueta; y para hacer mas visible el triunfo de la gracia, pondera los años que esta muerte arrebató á esta juventud, la alegría de que priva á esta fortuna, la gloria que quita á este mérito y la prontitud y crueldad con que llega: *no amenaza, no advierte á su víctima;*

pero la gracia obra con mayor actividad. Los lamentos no se dirigen á la gloria ni á la juventud, sino al pecado: pide un crucifijo, elmismo en que habia espirado la reyna su madre, como para recoger allí las impresiones que le habia dejado esta con sus últimos suspiros: sus sentimientos se exhalan sobre sus labios: no tiene mas que un dolor, el de no haber puesto desde antes en Dios toda su confianza. Despues de una ternura tan insinuante y grave, parece que el Orador va á descender á un estilo muy humilde, al reprochar la cobardia de los que temen en la hora de la muerte estas prevenciones saludables, cuando le vemos levantarse rápidamente, cual si no hubiera descendido. „Ella, „dice, pide por simisma los sacramentos de la Iglesia; la penitencia con compuncion; la eucaristia, „con temor y despues llena de confianza; la santa „uncion de los moribundos con un piadoso apresuramiento. Lejos de aterrorizarse por esto, la quiere „recibir con conocimiento: escucha la explicacion „de estas ceremonias santas, de estas plegarias „apostólicas que, por una especie de encanto divino, „no, suspenden los mas violentos dolores, y hacen „olvidar la muerte (yo lo he visto con mucha „frecuencia) á quien las escucha con fé: ella las „sigue, se conforma; se la ve ofrecer pacíficamente „su cuerpo á este óleo sagrado, ó mas bien, á la „sangre de Jesus que tan abundantemente corre „con este precioso licor.”

En la lectura de este pasage se experimenta una especie de calma religiosa, una suavidad inexplicable cuyo origen está en la pintura de una muerte feliz: el dolor abandona su victima á los dulces transportes que la inspiran las últimas conversaciones que pasan entre el moribundo y el padre misericordioso de la gracia. Bossuet tiene razon para afirmar sobre su testimonio que estas plegarias apostólicas por una especie de encanto divino suspenden los mas violentos dolores y hacen olvidar la muerte al que las escucha con fé. Pero

ellas exigen de nosotros la mencion de una circunstancia que añade mucho mérito al pasage, pues entre otras cosas hace resaltar sobre manera la modestia del Orador.

Se ha visto ya que Madama Henriqueta fué atacada violentamente á los veintiseis años de su edad en el palacio de San Cloud. Los síntomas de su enfermedad presentaron desde luego tan maligno carácter, que los médicos, viendo agotados infructuosamente los recursos del arte, pronosticaron el resultado mas funesto. Bossuet entonces se encontraba en su obispado de Condom; y á pesar de que el príncipe le multiplicó los correos con extraordinaria actividad, no pudo llegar á San Cloud á ofrecer á Madama los últimos auxilios de la Iglesia, sino cuando ella habia padecido mucho por la crueldad de sus dolores, y no sé si mas por el áspero é indiscreto zelo del Abate Feuillet, cuyo ministerio habia aceptado provisionalmente la princesa.

„Causóle por lo mismo tal júbilo la presencia de Bossuet, dice el Cardenal Maury, que el mismo Prelado al encontrala en una crisis tan espantosa, sintió apoderarse de él una afliccion extrema. Desde que lo vió, le exigió la promesa de que no la abandonaria hasta su último suspiro; y aquel, dignamente inspirado por una situacion tan propia para electrizar su alma y su genio, se prostró en tierra y permaneció de rodillas, apoyándose en la cama y teniendo en la mano el crucifijo. Invitó luego á MADAMA, con los ojos bañados en lágrimas y la voz medio extinguida por su emocion, á unirse simplemente á sus reflexiones, plegarias y demas actos que iba á ofrecer á Dios en su nombre. Nunca Bossuet habia parecido mas sublime, ni su elocuencia tampoco adquirido jamas una victoria mas tierna. Escuchábale la princesa con sensible satisfaccion y la mas firme presencia de espíritu. Una sumision tan perfecta á los decretos del cielo aumentaba mas á los ojos del Pre-

lado el interes y el mérito de tan grande sacrificio. La infeliz y moribunda víctima, que veia las palabras de Bossuet, como de un precio infinito, le conjuraba que no dejase de caer ni un solo instante á su alma abatida, cuyo único apoyo era él. Hizo pues este la recomendacion de su alma y le explicó las oraciones de los agonizantes que no habian sido ni seran probablemente nunca enriquecidas con tan bello comentario. En un combate tan terrible vejase la elocuencia de este grande hombre triunfar del dolor y de la muerte, llenando el corazon de la princesa de fé, de compuncion, de confianza, de paz, de resignacion y de amor; circundándolo con el crepúsculo de esa segunda vida en que no descubria ella sino reposo y felicidad; apartando de sus miradas inquietas la imagen de la muerte, mediante el encanto poderoso con que la atraia y la fijaba sobre el principio eterno de su existencia; absorbiéndola como en éxtasis en la contemplacion de la Divinidad; adurmiéndola en fin. á tiempo de este tránsito, con el sueño de la esperanza y en el seno maternal de la religion."

„Bossuet pues oculta la verdad por modestia, cuando se borra á sí mismo de la narracion de esta agonía; cuando atribuye todo el prodigio de su propio talento á las hermosas y dulces oraciones de Iglesia; cuando recuerda siempre como testigo (*yo lo he visto con mucha frecuencia,*) y jamas como actor el heroismo de la fé de esta princesa, que la religion sola, segun él, tuvo la gloria de suspender los dolores mas violentos de Henriqueta y aun de hacerle olvidar la muerte."

Para completar este cuadro, pinta el Orador con suprema energia la constancia y resignacion de esta princesa; recuerda con emocion aquellas palabras que salian de sus labios, como la *sincera produccion de una alma que tocando ya al cielo, no debe á la tierra sino la verdad, y habla con*

un acento religioso de su conformidad con las órdenes de Dios. „Profesaba, dice, la fé católica y „la resurreccion de los muertos, este precioso consuelo de los fieles moribundos. Excitaba el zelo „de los que habia llamado para que la excitasen á „ella;..... deseaba mil veces estar sumergida en „la sangre del cordero; descubriase en sus discursos un nuevo lenguaje que la gracia le enseñaba..... Todo era simple, todo era sólido, „todo era tranquilo; todo partia de una alma so„metida, y de una fuente santificada por el Espíritu Santo."

Una piedad verdaderamente cristiana se complace sobremanera con un cuadro tan insinuante; y en el transporte que le causan disposiciones tan felices para la eternidad, ninguna cosa desea con tanto ardor como el ver consumada esta obra de la gracia. Tal es el voto que nos hace formar Bossuet, y así previene á su auditorio para que alabe una Providencia que en el mas terrible de todos sus golpes, vierte a torrentes las efusiones de su bondad y de su misericordia. Con aquella seguridad que inspiran las altas promesas de la religion, anuncia que debe cambiarse de lenguaje, y antes que increpar á la muerte por haber interrumpido el curso de la mas hermosa vida, debe aplaudirse su llegada, que ha puesto coto á los peligros mas inminentes, á los peligros de la gloria. Para justificar este pensamiento, manifestando los temores que debia infundir la misma excelencia de carácter que admiraban todos en Henriqueta de Inglaterra, forma un retrato moral de esta persona, el cual no transcribo, á pesar de la gallardia con que en él se ve campear el talento de Bossuet, porque seria necesario suprimir otros pasages igualmente perfectos y mas instructivos para la juventud. En el trato con los demas parecia olvidar ella su rango, haciendo por este medio que todos anhelasen por restituírle al céntuplo la grandeza de que se despojaba. Tan fiel en su